

y su primer cuidado fué destruir lo existente y pensar en la creación de un nuevo ejército permanente, proyecto que si no era práctico, se modificó con otro aun menos realizable. Encargó para constituir este ejército á la comisión presidida por el general Bazaine, á quien trazó un programa muy detallado con fecha del 5 de Julio.

Le indicaba que se ajustara al pensamiento de introducir en el presupuesto de guerra todas las economías posibles y que al elaborar un proyecto completo de reorganización del ejército mexicano, se tuviesen presentes las exigencias reclamadas por la situación política y por la constitución geográfica del país. Había de estudiarse en el proyecto, la defensa de la Nación; en seguida, el efectivo del ejército en tiempo de paz y de guerra, el sistema de reclutamiento, la duración del servicio, si convendría enviar á sus hogares á los indígenas tomados de leva y cual sería el empleo conveniente de las fuerzas disidentes que se adhirieran al Imperio.

Veíanse como buen síntoma en Europa, las esperanzas que se tenían en el porvenir de México bajo el reinado de Maximiliano. Desde el mes de Enero (1864) una compañía franco-inglesa trabajaba para que se la autorizase á construir un camino de fierro, directo entre México y Tampico; recibióla Napoleon III con benevolencia, pues él tendía al mismo objeto, y se apresuró á someter el proyecto á la consideración del general en jefe, quien lo aprobó y emitió su parecer de que los trabajos comenzaran inmediatamente, calificando de interés capital esta segunda vía de comunicación entre México y el Atlántico; pero la concesión definitiva quedaba aplazada para la decisión del futuro emperador de México, quien al fin la rehusó.

Otro grupo de banqueros franceses había solicitado desde Octubre de 1863, ante el gobierno provisional de la Regencia, el privilegio de establecer, bajo el nombre de «Banco de México,» un gran establecimiento de descuento, circulación y depósito, bajo la protección y vigilancia inmediata del gobierno. Para estudiar la situación del mercado, las necesidades financieras del país y discutir los estatutos de ese Banco, pasó á México Mr. Michel Heine, y después de tres meses de negociaciones, publicó el periódico oficial la concesión el 30 de Enero (1864), estipulando, como se hizo en otras concesiones, que el privilegio concedido no produciría sus efectos, sino después de que lo hubiere ratificado el Emperador de México.

En materias de hacienda faltaron oportunas y acertadas medidas, pues todo se limitó al nombramiento de una comisión que había de consultar lo que creyera conveniente sobre los puntos que abrazaban las finanzas; la comisión, además de los vocales nombrados directamente, había de tener uno por cada una de las provincias del Imperio; se dividió y subdividió en secciones y comenzaron sus trabajos en el mes de Agosto, debiendo llevar por base de sus esfuerzos la necesidad de hacer subir los ingresos á cuarenta millones anuales, cantidad de imposible realización entonces, aun en tiempos normales, lo cual hizo estériles los trabajos de la comisión.

Mientras que se ejecutaba algún arreglo en materia tan importante, suplió fuertes sumas el tesoro del ejército francés, que aún aplicó cien mil pesos á lo gastado en el viaje de Miramar á México. Había que expensar legaciones extranjeras, algunas de las cuales fueron más fastuosas que necesarias, unas con el carácter de permanentes y otras tan solo para notificar el advenimiento al trono de México de un descendiente de los Hapsburgos. Para formar la comisión mexicana, encargada de examinar las reclamaciones de súbditos franceses, por daños y perjuicios, conforme al convenio de Miramar, fueron nombrados los Sres. Joaquín Castillo y Lanzas, Bonifacio Gutiérrez y José M. Lacunza.

Guiábase Maximiliano en asuntos referentes á la hacienda y á la organización del ejército, por utopías peligrosas. Quería tratar según el sistema europeo, la erección de un ejército mexicano, sin tener en cuenta que cada país tiene sus costumbres y modo de ser especiales. Además, poníanse á discusión y aún amenazaba e proyecto, todos los intereses militares de los oficiales y jefes adheridos al Imperio, quienes veían un amago perpetuo suspenso en su porvenir. Pudiérase haber hecho lo que se buscaba con menos aparato, existiendo ya desde antes una parte del trabajo que se pedía, redactado por oficiales mexicanos. La incertidumbre proveniente de lo que podría suceder, quitó el afecto por el nuevo régimen á la mayor parte de los jefes, cuya adhesión no era de naturaleza tal que se pudiera impunemente descontentarlos. Sin esperar el resultado de los trabajos de la comisión, adoptó Maximiliano el código militar francés, y sostuvo la ley marcial contra los disidentes cogidos con las armas en la mano, conforme al decreto de Forey fechado el 20 de Junio de 1863.

Apenas llegaba Maximiliano al país que calificó de su nueva Patria, apartó de sí á gran parte de los individuos del partido conservador ó clerical que habían auxiliado á la intervención; en seguida constituye su ministerio con elementos del partido que se llamó liberal, hostiles á lo que fuese francés; creía Maximiliano que era buena la política que repudiaba desde su origen, aquello que á los ojos del pueblo mexicano aparecía como mancomunado con el gobierno francés y con los intereses conservadores. De aquí provino que hubiese sucesivas eliminaciones en el partido militante que enarbó el primero la bandera imperial, y que fuesen desde luego apartados los jefes La Peña, Galvez, Argüelles y otros; de aquí que los generales más decididos por la causa de Maximiliano quedasen olvidados ó fuesen desterrados á Europa ó Yucatán, y que aún Don Tomás Mejía que se presentaba como el prototipo de la fidelidad fuese alejado. El ejército, los prefectos y la gendarmería fueron reclutados entre individuos de opiniones dudosas, que preparaban en secreto la defección.

Esta falta se creyó compensada, con que todos los que tenían títulos de nobleza dados en la época colonial, continuaran usando sus distintivos, haciéndose notar entre los primeros nobles D. Antonio Hurtado, Conde del Valle; entónces varias personas que se presentaron como descendientes del Emperador Moctezuma, solicitaron títulos y pensiones.

"La Sociedad" y "L'Estafette" continuaban alarmando los ánimos con la cuestion relativa á asuntos eclesiásticos, oponiéndose el primero de esos periódicos á todas las reformas propias de la época, y aunque ya no mostraba la energía de otros tiempos, no podía transigir con su contrincante que defendía sin vacilar los más avanzados principios del credo liberal y consideraba en poco la venida del nuncio. (*)

El general Bazaine hizo conocer á Maximiliano las disposiciones militares que iba á tomar para la pacificación del país, y le manifestó en lenguaje franco el papel que desempeñaría el ejército francés, el cual no podría conceder el apoyo permanente de guarnición que solicitaban los prefectos y autoridades de muchas poblaciones, «pues que si se les concedía lo pedido, aumentarían su inercia y el egoísmo local; asegurados con las garantías de la bandera francesa, se les acostunbraría á una tutela desastrosa, que habría dado por ineludible resultado impedir al ejército francés las operaciones con fuerzas compactas y en tiempo oportuno.» Bazaine aconsejó á Maximiliano, como único medio para levantar y sostener la moral en las poblaciones, hacer que recorriesen el país columnas móviles, que yendo en todos sentidos se auxilianan, prestando apoyo á las aldeas y haciendas, á las que se podría proporcionar armas y ayudarlas á instalar los medios de defensa.

(*) Recibíanse noticias del Sr. Gutiérrez de Estrada, quien salió de Roma el 28 de Mayo (1864) para París. La noche anterior había estado en la casa del Sr. Gutiérrez, Monseñor Franchi despues de una larga audiencia que tuvo con Su Santidad. El constante propagandista de la monarquía en México, aún trabajaba porque Roma apoyase al partido conservador nacional, considerando esto una imperiosa y urgente necesidad; entónces, más que nunca exigía que ese partido se mantuviese unido, compacto y fuerte, para coadyuvar á los fines que se propusiera Maximiliano, librándolo de las asechanzas de que no dejaría de verse rodeado en los primeros momentos de su gobierno.

Manifestó el Sr. Gutiérrez á Monseñor Franchi, que era necesario el pronto envío á México de un nuncio de talento, experiencia y prestigio, deseo que también había manifestado el Sr. Archiduque según repetidamente lo había asegurado á Su Santidad y al cardenal Antonelli, diciéndole *«que las puertas de su palacio y las de su pecho le estarían abiertas, no viendo en él sino un buen amigo y seguro consejero.»*

El Santo Padre oponía constante resistencia á la realización de aquel deseo, cuando el señor Gutiérrez le manifestó toda su importancia, en dos muy largas audiencias que le fueron concedidas con el exclusivo objeto de tratar ese asunto, en las cuales se esforzó en demostrar á Su Santidad, que era esa cuestion de vida ó muerte para la empresa monárquica y para la Religión, no solamente en México, sino en todo el continente, y dependía ya de Roma el arreglo, tratándose de un pueblo, ante todo católico y que necesitaba el apoyo de la Iglesia, con él podía servir á ésta y al país poderosamente. Al concluir la última audiencia dijo Su Santidad: *«Fuerza me hacen las reflexiones de vd.; pensaremos, meditaremos; el Señor nos iluminará.»*

Valióse el señor Gutiérrez de Estrada del Cardenal Berardi y de Monseñor Franchi, los cuales abundaban en los mismos sentimientos. Su Santidad encargó á éste la misión de decir al Sr. Gutiérrez, que convenía en la necesidad de mandar pronto un nuncio de toda confianza, cuya elección procuraría fuese la mejor posible. Pensaba Su Santidad en que Monseñor Meglia revistiese el carácter de nuncio para México; pero también se presentaba para el mismo puesto Monseñor Sabo y para la misión extraordinaria Monseñor Franchi, aunque nada quedaba resuelto en ese punto que el señor Gutiérrez consideraba de importancia vital.

Grandes emociones experimentó el Sr. Gutiérrez en el palacio Marescotti, donde vió la entrada y salida de los príncipes Maximiliano y Carlota y también presencié la visita á éstos del Santo Padre, ocasiones en que su alma pasó por trances gratísimos no descriptibles por la pluma. El Sr. Gutiérrez consideraba el día más feliz de su vida, aquel en que vió reunida en su casa al Sumo Pontífice y á los dos príncipes el 20 de Abril.

Los franceses seguían sus operaciones en el Interior; los que habían desocupado el Fresnillo volvieron á posesionarse de él; habían permanecido en Zacatecas con intencion de extenderse en el Estado de Durango, é hicieron su punto objetivo, á la Division que mandaba Gonzalez Ortega, quien por entonces ocupaba las Salinas del Peñon Blanco, entre Zacatecas y San Luis Potosí, en tanto que por el rumbo de Matehuala avanzaban quinientos franceses hasta Laguna Seca, de donde regresaron al Venado y despues hasta San Luis, ciudad en que se concentraron también las fuerzas que mandaba D. Tomás Mejía quedando una parte cerca de Matehuala.

Amagada Guadalajara por las fuerzas de Uraga, acudió á reforzarla el general Douay con dos mil franceses y se le unieron doscientos que con el mismo objeto marcharon de México á las órdenes de De Potier. El general Uraga ocupaba en Sayula excelentes posiciones defendidas por un ejército de más de ocho mil hombres. Además, por todo aquel rumbo pululaban multitud de guerrillas más ó menos considerables, que hostilizaban incesantemente á los intervencionistas y á los franceses.

En los primeros días del año de 1864, había evacuado el general Arteaga la plaza de Guadalajara, retirándose al Sur, ante la columna expedicionaria mandada por Bazaine. Dió Arteaga al general Corona algun armamento, parque de fusil y dos piezas de montaña con su correspondiente dotacion, con las que éste se puso en marcha para Colima y Manzanillo. Enviados esos pertrechos con direccion para Acaponeta, cayeron en poder de la fragata francesa «Cordelier.» En Zapotlan encontró Corona las fuerzas de Uraga que habían sido rechazadas en Morelia, y que se dirigieron al Sur de Michoacan, entrando á Jalisco despues de penosísima marcha.

A principios de Febrero del mismo año, cayó el general Arteaga gravemente enfermo en Sayula, y quedó interinamente de jefe de la 4.ª Division el general Corona, quien recibió del general Uraga orden de concentrarse en Zapotlan, lo que no se verificó hasta que estuvo mejorado Arteaga. En Marzo emprendió el general Douay un movimiento sobre el Sur de Jalisco y los republicanos se retiraron á las barrancas de Beltran.

Desocupado por los franceses Zapotlán á principios de Abril y por desavenencias con el general Uraga, pidió su separación de aquellas fuerzas el general Corona, la que se le concedió aunque con señalado disgusto por parte del general Arteaga. Por entonces, (Junio de 1864), varias personas notables de Guadalajara, dirigieron una carta al general Uraga, exponiéndole que la situación del país era adversa á los republicanos, y le invitaban á que depusiera su actitud y se pasara al servicio de Maximiliano. Descubiertos los manejos de Uraga, lo denuncia el general Arteaga y aquel resignó el mando en el general Miguel María Echeagaray, segundo en jefe del ejército del Centro. Uraga se separó seguido solamente por una escolta, según se verá adelante.